

El filósofo y la seducción del poder: más en torno al «caso Heidegger»

En nuestro filosofar somos, por tanto, funcionarios de la humanidad.

Husserl, *Krisis*.

Husserl, cuya palabra sirve de epígrafe a este trabajo, muestra con claridad cómo la filosofía, en cuanto nacida de la decisión de fundamentar de modo racional todos y cada uno de nuestros actos, se origina «a partir de unos pocos tipos extraños que habitaban en Grecia»¹, cuya singular actitud motiva una entera transformación de la existencia y la cultura, primero dentro de los estrechos límites de la propia comunidad, irradiándose luego a las naciones vecinas más cercanas. Pues, en efecto, más allá de diferencias de escuelas y de métodos, la filosofía instaaura «la idea de una humanidad, que, desde entonces, simplemente quiere vivir y puede vivir en la libre configuración de su existencia, de su vida histórica, a partir de ideas de la razón, a partir de tareas infinitas».

De todos modos, esta irrupción de la antinatural actitud filosófica —contraria a la natural inclinación a aceptar sin crítica los usos, creencias, saberes y normas transmitidos— más de una vez ha causado grandes conflictos (de lo que bien pudo dar fe su precursor, Sócrates) y no pocas veces ha sido absorbida o confundida con otras esferas de la cultura, como lo muestran los conocidos reduccionismos teológicos, positivistas, psicologistas, etc. Ha sido más extraña, sin embargo, la confusión de la actividad teórica con la acción política; es decir, la trasmutación de la prudente afirmación de Husserl: «Somos funcionarios de la humanidad», en la soberbia consigna: «El filósofo en cuanto tal establece los modelos del orden que ha de regir la coexistencia social y política de la ciudad, y los pone en práctica».

¹ Husserl, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften...* Hua VI. Den Haag: Nijhoff, 1962. p. 319; cfr. p. 336.

Platón: el mito del rey filósofo²

Sin duda fue Platón quien inauguró la serie de confusiones entre saber teórico y acción política, al proponer la figura del *rey filósofo* en *La República*. Allí, al esbozar las líneas generales de un Estado justo, cuyo último fundamento es la Idea del Bien, también expone su confianza en la posibilidad de realizar ese paradigma; para ello hay que convenir quién ha de regir ese Estado justo. La respuesta no es muy enigmática: sólo quien sea capaz de abarcar intelectualmente la entera Idea del Estado, incluyendo por tanto sus bases más radicales —las Ideas de la Justicia y del Bien— será también capaz de conducir la marcha de la comunidad política. Ahora bien, es el filósofo el que dispone de esa visión totalizadora; es él, por ende, quien debe también regir el Estado; así, pues, lo deseable es «la unión, en una misma persona, del poder político y la filosofía» (*Rep.* 473 d).

La conclusión aludida, dice dentro del contexto general:

En tanto que los filósofos no reinen en las ciudades, o en tanto que los que ahora se llaman reyes o soberanos no sean verdadera y seriamente filósofos, es decir, mientras no se dé la unión, en una misma persona, del poder político y la filosofía, de modo que se cierre violentamente el paso a quienes se dedican con exclusividad ya sea a la una o a la otra [filosofía o política], no habrá fin para los males de los Estados, ni tampoco para los del género humano; y esa organización política cuyo plan hemos expuesto en palabras [en este libro] nunca llegará a existir realmente, hasta donde ello es posible, ni verá jamás la luz del sol. (*Rep.* 473 c-d).

Pero ni aún esta apresurada reseña de tales ideas platónicas puede dejar de subrayar el hecho de que, de todos modos, la propia actitud filosófica, vivida con seriedad y autenticidad —como reclama el mismo Platón— aminora los riesgos de la aventura propuesta del rey filósofo. En efecto, someterse a la disciplina del filosofar significa ya admitir *un límite del poder arbitrario*: implica reconocer la *primacía de lo objetivo* que escapa al capricho del soberano y determina sus convicciones y acciones *qua* filósofo y también, por añadidura, *qua* soberano. La famosa alegoría de la caverna —expuesta en la misma obra— sugiere efectivamente ese arduo camino del filosofar: desde las tinieblas y el engaño de las creencias admitidas sin crítica, hasta la luz del sol, la contemplación de la *Idea del Bien*, «que se percibe con dificultad en los últimos límites del mundo inteligible, pero que no podemos percibir sin llegar a la conclusión de que es la causa universal de cuanto existe de recto y de bueno..., y que, por tanto, debemos tener fijos los ojos en ella para conducirnos sabiamente, tanto en la vida privada como en la pública» (*Rep.* 517 b-c)³.

Más aún: Sócrates hace observar a su interlocutor Glaucón, que habría que obligar a quienes se han liberado de los engaños del mundo de las sombras y han llegado a la contemplación, a que descendan otra vez a ocuparse de los asuntos políticos entre los demás «prisioneros», para contribuir precisamente a su liberación. De tal modo, aquellos a quienes el Estado ha cultivado como «jefes y reyes, como en las

² El marco de este trabajo está dado por el nuevo libro de Danilo Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo, Platón, Marx, Heidegger*. Bogotá: Planeta 1989. No está de más recordar que Danilo Cruz Vélez es autor de uno de los mejores libros, a mi juicio, escrito en Hispanoamérica, sobre el tema Heidegger: *Filosofía sin supuestos*. De Husserl a Heidegger. Buenos Aires: Sudamericana, 1970.

³ Cfr. *El mito del rey filósofo*, pp. 133.

colmenas», se han vuelto «capaces de unir la filosofía a la política»; a ellos hay que exhortarlos: «Debéis descender por turno a la morada de vuestros conciudadanos y acostumbrar vuestros ojos a las tinieblas que allí reinan; una vez que os hayáis familiarizado nuevamente con la oscuridad, veréis en ella mil veces mejor que sus moradores, y reconoceréis la naturaleza de cada imagen y del objeto que representa, porque habréis contemplado ya lo bello, lo justo, y lo bueno en sí. De tal modo, la organización de la ciudad será para vosotros y para nosotros una realidad y no un sueño, como ocurre en la mayoría de las demás ciudades cuyos jefes luchan entre sí por sombras vanas y se disputan encarnizadamente la autoridad como si fuese un gran bien» (*Rep.* 520 c-d).

Así, pues, el largo rodeo del pensamiento disciplina y delimita la acción del gobernante de acuerdo con la Justicia, que es objetiva; y por ello funda las leyes y las normas del rey filósofo, quien a su vez puede exigir su cumplimiento incondicional a todos los miembros de la comunidad. El gobernante no es entonces un dios caprichoso y arbitrario; ha aprendido que el poder ya no puede basarse en la mera fuerza, sino que, por el contrario, debe *legitimarse racionalmente*, como todas las acciones que merecen ser llamadas *justas y buenas*.

Por eso Husserl aludía a la instauración del *telos* de una humanidad autorresponsable; porque la actividad de filosofar consiste en definitiva en responder con la razón, en la responsabilidad por nuestro ser individual y «la responsabilidad por el verdadero ser de la humanidad, el cual sólo podrá llegar a su realización mediante la filosofía, mediante nosotros, si somos filósofos en serio»⁴.

Marx: la revolución

Las pistas que examina Danilo Cruz Vélez y que aquí simplemente recapitulamos como guías, sin ánimo de exponer exhaustivamente sus ideas, llevan luego a examinar la repercusión del mito del rey filósofo en el joven Marx. Aquí solamente resumimos este punto con el objeto de destacar la mutación de esa idea desde Platón hasta Marx, y de mostrar luego su total negación (incluida la negación de la misma filosofía) implícita en escritos y actitudes de Heidegger en su época de compromiso con el régimen nacionalsocialista, como se verá en los siguientes apartados.

En el joven Marx aparece transformada la figura del rey filósofo. Ello —según Marx— sólo produce *ficciones* (entre ellas: el mismo Estado) para ocultar los aspectos negativos de las relaciones sociales, económicas y políticas existentes en determinado momento histórico. Así, pues, el Estado, lejos de ser el ámbito ideal de la convivencia humana, es más bien un instrumento de dominación y de perpetuación de la injusticia. Debe ser destruido para ganar una sociedad justa, sin clases y sin propiedad privada.

En esta nueva concepción de las relaciones humanas, el filósofo asume el papel de precursor de la revolución, en la medida en que ejerce su actividad crítica. En

⁴ Krisis, p. 15. Cfr. Mario A. Presas, «Acerca del programa de la fenomenología», *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Bs. As., X/3 (nov. 1984), pp. 155 ss.